

EL JUEGO DEL SUSURRADOR

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS DE DONATO CARRISI
EN DUOMO:

El cazador de la oscuridad

La chica en la niebla

El maestro de las sombras

El susurrador

**DONATO
CARRISI**

**EL JUEGO
DEL SUSURRADOR**

Traducción de Maribel Campmany



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2019

A Antonio
mi hijo, mi continuidad

A Luigi Bernabò, amigo mío

La llamada al número de la Policía se registró a las diecinueve horas y cuarenta y siete minutos del 23 de febrero. Una voz de mujer con tono exaltado pedía a través del móvil que enviaran una patrulla a una granja aislada, a unos quince kilómetros de la ciudad.

En ese momento, en la zona arreciaba una violenta tormenta.

A la pregunta del operador sobre el motivo de la emergencia, la mujer contestó que un hombre se había introducido en su propiedad. Estaba apostado en el exterior, bajo la lluvia, en la oscuridad. Su marido había salido para convencerlo de que se fuera, pero el intruso no hacía caso.

Estaba allí plantado mirando la casa, mudo.

La mujer no pudo proporcionar una descripción del desconocido porque desde donde se encontraba, y por culpa también de la aparatosa cortina de agua, apenas podía distinguirlo durante el resplandor de los relámpagos. Contó que el hombre había llegado conduciendo una vieja ranchera verde y acabó diciendo que sus dos hijas estaban asustadas.

El operador tomó nota de la dirección y le aseguró que mandaría a alguien para comprobarlo, pero informó a la mujer de que, a causa de las condiciones meteorológicas adversas, estaban desbordados con las llamadas de socorro por accidentes de tráfico e inundaciones. De modo que debería tener paciencia.

La primera patrulla disponible no quedó libre hasta las cinco de la mañana del día siguiente; unas nueve horas más tarde. A los agentes les costó bastante llegar a la granja ya que, durante la noche, también se había desbordado un torrente que había invadido la calzada en varios puntos.

La escena que se presentó ante la pareja de policías, poco después del alba, era tranquila.

Se trataba de una típica casa colonial de madera pintada de blanco con unos silos al lado para conservar las manzanas. Un gigantesco sicómoro proyectaba su sombra en la explanada. Había un columpio bajo el porche y dos bicis idénticas de color rosa colocadas al lado del cobertizo de las herramientas. En el buzón, con letras pintadas de rojo bermellón, se leía «FAMILIA ANDERSON».

Nada hacía presagiar que algo malo hubiera ocurrido. Excepto quizá el silencio, solo interrumpido por el ladrido incesante de un perro mestizo atado a una caseta con una larga correa.

Los agentes llamaron a los habitantes a voces, pero no obtuvieron respuesta. En vista de que no había nadie en casa, pensaron que ya no necesitaban su ayuda. Solo por si acaso, antes de darse la vuelta y marcharse, uno de los dos subió la escalera del soportal para llamar

a la puerta principal. Se fijó en que únicamente estaba entornada. Al echar un vistazo en el interior, advirtió un gran desorden.

Después de pedir por radio la autorización de la central, los policías entraron para inspeccionar.

Encontraron mesas y sillas volcadas, enseres destrozados y una alfombra de esquirlas de cristal por el suelo. Pero la situación en el piso de arriba era aún peor.

Había sangre por todas partes.

El líquido rojizo, ya coagulado, empapaba las almohadas y las sábanas de los dormitorios. Las salpicaduras manchaban objetos de la vida cotidiana: una zapatilla, un cepillo, la cara de las muñecas en la habitación de las niñas. Y había largos regueros en el suelo y huellas de manos arrastrándose por las paredes, signos de un desesperado intento de fuga. El escenario de una masacre. Pero lo que turbó especialmente a los agentes fue lo que no encontraron.

Faltaban los cuerpos.

En aquella casa, de los cuatro componentes de la familia –padre, madre y dos gemelas de ocho años– solo quedaban las fotos enmarcadas o colgadas en las paredes. Desde aquellos retratos sonrientes, probablemente los Anderson habían presenciado su propio asesinato.

Hacia las ocho de la mañana, la Policía acudió en tropel a esa remota zona campestre.

Mientras los equipos de rastreadores, ayudados por la unidad canina, batía el terreno circundante y cualquier grieta natural en busca de posibles restos, la Policía Científica analizaba el caos del interior de la granja en un intento de reconstruir lo sucedido.

Al mismo tiempo, se puso en marcha una impresionante cacería humana.

La atención se dirigía al desconocido al que se había referido de manera vaga la señora Anderson. De él solo se sabía el sexo. No había ni una descripción, por superficial que fuera, ni un detalle que pudiera conducir de algún modo a su identificación.

La única información disponible era la vieja ranche-
ra verde que mencionó la mujer. Pero, a falta de la matrícula o el modelo, no podía considerarse una verdadera pista.

Antes del mediodía, una escueta noticia sobre lo que había sucedido y todavía estaba ocurriendo llegó a los medios. Fue suficiente para despertar la curiosidad del público.

Antes de la hora de cenar, Karl, Frida y las pequeñas Eugenia y Carla dejaron de ser una anónima familia cualquiera para convertirse en los protagonistas de una crónica negra que mantenía en vilo a millones de personas en todo el país.

El misterio de la familia desaparecida.

La historia resultaba todavía más apetitosa por el hecho de que los Anderson se habían ido a vivir al campo renunciando a la tecnología. No disponían de energía eléctrica, ni de internet, ni siquiera de teléfono. La única excepción era un móvil que solo debía servir para las emergencias y que, de hecho, usaron nada más una vez para pedir ayuda.

Los pocos y macabros detalles conocidos del suceso, acompañados por la certeza de la existencia de un monstruo deambulando con total libertad, fueron su-

ficientes para generar en la opinión pública un miedo ciego e irracional. Nadie podía sustraerse a la angustia de que lo sucedido pudiera ocurrirle a alguien más. El conjunto de la sociedad exigía una rápida solución de la investigación que contemplara, obviamente, la captura del responsable.

Pero la Policía no tenía respuestas que fueran más allá de las simples evidencias. A pesar de los medios y los hombres que puso a disposición, la única conclusión a la que llegaron los investigadores fue que el asesino se había servido del coche familiar para llevarse los cadáveres; solo Dios sabía qué querría hacer con ellos.

Demasiado poco para esperar un desenlace rápido.

Los investigadores consideraban probable que el autor de la irrupción en casa de los Anderson ya se hubiera deshecho del vehículo, pero aun así intentaron localizar el coche sospechoso a través de los vídeos de las cámaras de tráfico de las horas anteriores y posteriores a la llamada de la señora Anderson. Confiaban en el hecho de que, al tratarse de un modelo de un vehículo anticuado, no pasaría desapercibido. También se facilitó un número especial para recoger los testimonios de quienes hubieran observado viejas rancheras de color verde. Como era de imaginar, hubo muchísimas llamadas, la mayoría infundadas.

Excepto una.

Hacia el final de la tarde, una persona anónima señaló la presencia de un Volkswagen Passat verde de 1997 en la zona del viejo matadero, aparcado en el interior de un almacén en desuso. Cuando los agentes fueron a inspeccionar el vehículo con el apoyo de la unidad canina,

a través de las ventanillas advirtieron que había mucha sangre que empapaba la tapicería.

Abrieron el portón del espacioso maletero preparándose para el terrible descubrimiento, pero una vez más no había rastro de los cadáveres.

Mientras los policías se apresuraban a delimitar el perímetro para permitir que la Policía Científica trabajara en el nuevo escenario del crimen, de repente los perros se pusieron a ladrar.

Habían olfateado una presencia en el matadero.

En menos de treinta minutos, todo el barrio quedó blindado por un cordón de seguridad. Poco después, las fuerzas especiales irrumpieron en las instalaciones. Fue una operación espectacular con decenas de hombres perfectamente equipados. Las unidades se dividieron, peinando cada sala, cualquier posible escondite. Las fuertes pisadas de las botas, el ladrido de los perros y los gritos de los incursores llenaron de ecos ese lugar abandonado. Hasta que un agente indicó por radio que había «algo en el tercer piso». Entonces las unidades convergieron en el punto indicado.

En una habitación oscura, en medio de carcacas de viejos ordenadores y otros componentes electrónicos que ya no funcionaban, había un hombre.

De pie, extrañamente inmóvil y encarado a un muro de monitores negros. Iba sin ropa. Levantó las manos en señal de rendición y se volvió lentamente hacia los agentes que lo apuntaban con los fusiles de asalto y lo deslumbraban con sus potentes linternas.

Aparte de la singularidad de la guarida en la que se refugiaba, dos cosas impresionaron inmediatamente a

los policías. Su edad era indefinible. Y tenía el cuerpo cubierto enteramente de tatuajes, incluso la cara y el cráneo rapado.

«Números».

El hombre no opuso resistencia, se dejó esposar sin decir ni una palabra. A su lado, una pequeña hoz manchada de sangre. Presumiblemente, el arma del crimen.

La captura del principal sospechoso se había producido poco más de cuarenta y ocho horas después de la llamada de petición de auxilio de la señora Anderson. Tras el inicial desconcierto de los investigadores, se había producido una rápida e inesperada resolución del caso, por más que hubiera procedido de un chivatazo.

La jefa de la Policía le dio las gracias públicamente al ciudadano sin nombre por haber prestado un servicio a la justicia y anunció ante la maraña de micrófonos que se había ganado otra batalla contra el mal. Todo el mundo daba por descontado que la terrible muerte de los Anderson era un hecho, a pesar de la ausencia de cadáveres. Pero gracias al arresto del hombre tatuado, el orden y la seguridad se habían restablecido y la población podía exhalar un suspiro de alivio.

Por fin se había terminado el tiempo de las investigaciones y ahora, como era justo, ya había tiempo para la compasión y las oraciones por las víctimas, allí donde estuvieran.

Nadie podía imaginar que, en cambio, acaba de comenzar el tiempo del miedo.

ENIGMA

1

La carta llegó puntual como cada febrero.

En cada ocasión, el contenido era más o menos idéntico. La informaban de que el cuadro clínico continuaba inalterable y que, de momento, no había señales significativas para prever cómo podría evolucionar. Quien redactaba la misiva siempre concluía con la misma expresión: «Las condiciones generales del paciente siguen siendo irreversibles».

La frase era una sutil invitación a decidir si prolongar un año más el tratamiento de respiración asistida y alimentación artificial, o poner fin de una vez por todas a esa vida vegetativa.

Mila guardó la carta en un cajón y levantó la mirada hacia el paisaje que se veía a través de la ventana de la cocina. El sol del atardecer adquiría extrañas tonalidades de gris al reflejarse en el lago y Alice perseguía las hojas arrastradas por el viento en el prado arbolado a pocos metros del muelle. El invierno hacía tiempo que había dejado desnudos a los dos tilos que dominaban la casa. A saber, pues, de dónde venían esas hojas secas; tal

vez habían llegado del denso bosque que hacía de corola al límpido espejo de agua verde.

Alice llevaba un jersey grueso y una bufanda que ondeaba a la vez que sus cabellos rojizos. Su aliento se condensaba por el frío, parecía feliz. Mientras tanto, Mila disfrutaba del calorcito de la casa. Estaba preparando un estofado de verduras para la cena y tenía en el horno un pastel de manzana que impregnaba el ambiente de un aroma dulce, de azúcar y canela. En los últimos meses había descubierto una insospechada aptitud. Ella, que consideraba que la comida solo era un modo de proporcionar energía al organismo, ahora incluso era capaz de extraer el sabor a los alimentos. Sin duda, Alice estaba más sorprendida que ella, porque cocinar era una de las cosas que hacían las otras madres, no la suya.

Se habían producido bastantes cambios en el último año. No se había tratado simplemente de introducir nuevas costumbres, sino de empezar una nueva vida.

Durante la última investigación de la que se ocupó, Mila había corrido un grave peligro.

La idea de morir en acto de servicio nunca había significado un problema antes de aquello. Es un riesgo al que todo policía se enfrenta. Pero después de haber estado cerca, reconsideró la cuestión. De repente se vio obligada a plantearse una pregunta trivial que, sin embargo, nunca se había hecho.

Si ella moría, ¿qué sería de Alice? Ya era lo bastante difícil para su hija crecer sin un padre.

Por eso se planteó la decisión de renunciar al uniforme. Ahora parecía que hubiera pasado un siglo desde

que Mila Vasquez estuviera entregada por completo a su misión: encontrar a personas desaparecidas.

Nunca se consideró una poli corriente. Sobre todo porque nunca había sido una persona corriente, en otro caso no se habría dedicado a dar caza a las sombras.

Hacia los dieciséis años, Mila se dio cuenta de que era distinta: a diferencia de la gente a la que conocía, ella no lograba sentir empatía. Durante mucho tiempo fue algo de lo que se avergonzaba, que le impedía entablar relaciones y la situaba bajo un foco de ambigüedad. Cuando por fin, alrededor de los veinticinco años, tuvo el valor de hablar de ello con un psiquiatra, éste dio nombre a su trastorno: «alexitimia». Consistía en una especie de analfabetismo emocional. En la práctica, Mila no era capaz de relacionarse con los demás de manera afectiva, y tampoco era capaz de identificar o describir sus propios sentimientos. Por tanto, era como si no tuviera ninguno.

Había quien lo llamaba «corazón de hielo».

Con el tiempo, comprendió el motivo de ese don oscuro. Mila se dio cuenta de que era un portal, una entrada secreta hacia una dimensión hecha de tinieblas y maldad. Ese pasaje, una vez abierto, ya no podía cerrarse.

«Es de la oscuridad de donde vengo. Y es a la oscuridad donde tengo que regresar de vez en cuando...».

Siendo policía, consideraba su condición como una valiosa aliada porque le permitía tratar con una lúcida distancia los casos de los que se ocupaba. Y eso le resultaba útil especialmente con las desapariciones de menores, donde el elevado grado de implicación emocional representaba un obstáculo para la objetividad de

los investigadores: sus colegas solían tener la tentación de abandonar para no tener que descubrir la terrible realidad que casi siempre se ocultaba al final de una investigación.

Mila lo sabía: buscar a un niño desaparecido era como seguir un arcoíris negro. Al final no había una piñata de oro esperando, sino solo un monstruo silencioso, ávido de sangre y de inocencia.

La alexitimia era su maldición y también su coraza. Sin embargo, tenía que pagar un precio.

La falta de empatía era una peligrosa afinidad con los monstruos que se nutren del sufrimiento de sus víctimas sin lograr sentir piedad por ellas. Para diferenciarse de ellos, Mila solía recurrir a la ayuda secreta de una cuchilla. Pequeños actos para autolesionarse que le servían para restablecer en su interior el sentimiento del dolor ajeno. En el fondo, las cicatrices que dibujaba en su cuerpo eran la muestra de que siempre había intentado identificarse con los desaparecidos sobre los que investigaba, creando un contacto empático con ellos. El dolor físico reemplazaba el del alma, la hacía sentir menos culpable por su indiferencia.

El único período en el que había vuelto a sentir algo –algo humano– fue mientras estuvo embarazada de Alice. Una experiencia emocional que, por desgracia para ambas, concluyó en el parto.

Desde entonces Mila nunca había sido capaz de ser una madre, ni buena ni mala. Simplemente, no poseía los instrumentos para serlo. Los cuidados que dedicaba a Alice no eran distintos de los que se podrían aplicar a una planta. A pesar de todo, se había ocupado de

su hija de la mejor manera posible... posible para ella, naturalmente.

Todo ello, sin embargo, formaba parte del pasado.

Hacía aproximadamente un año, Mila decidió que había llegado el momento de poner remedio al estado de su corazón y de su alma. Alquiló una casa en el lago y huyó del mundo con Alice.

No fue fácil. Todavía tenían que acostumbrarse a la presencia de la otra. Pero, poco a poco, iban descubriendo que no eran unas completas desconocidas. A pesar de que Mila a menudo tenía que lidiar con la tentación de refugiarse en el baño de arriba, desenvolver una de las cuchillas ocultas en una cajita en el armario de detrás del espejo y practicarse una herida en un punto del cuerpo ya marcado. Una manera para que emanara de ella, junto con la sangre, una punzada de dolor que hiciera que todavía se sintiera humana. Porque a veces llegaba a dudar que lo fuera.

Ahora, en una cruda tarde de finales de febrero, Mila observaba a su hija entretenerse sola en el prado y no podía evitar preguntarse cuánto de sí misma había en Alice. Había cumplido diez años. Dentro de poco, las hormonas empezarían a revolucionar su vida. Los juegos inocentes quedarían apartados sin pesar, con una consciente impiedad. Y ella, como todo el mundo, por otra parte, también olvidaría de golpe lo que significa ser niño. Aun así, como bien saben los adultos, también sentiría nostalgia de esos días durante el resto de su vida.

Pero la preocupación de su madre era muy distinta.

Mila temía que, como le sucedió a ella, con la adoles-

cencia también apareciera el corazón de hielo. No existían pruebas científicas que indicaran que la alexitimia fuera hereditaria, pero la casuística parecía señalar en esa dirección. La alternativa era que Alice se pareciera a su padre, y eso Mila tampoco podía aceptarlo.

«No, a ese hombre no. A él no», se dijo recordando la carta de la clínica.

Nunca pronunciaba su nombre. Ese nombre no merecía siquiera ser pensado. Alice tampoco lo decía nunca.

Como llamada por la mirada de su madre, la niña se volvió hacia ella. Desde detrás de los cristales, Mila le hizo una señal para que entrara.

—Hay un nido de ardillas en el árbol —anunció tiritando Alice, cruzando el umbral.

Mila le puso una mantita sobre los hombros porque la humedad de fuera se le había quedado pegada encima. Otra madre habría acogido a su hija en el calor de un abrazo. Pero Alice no tenía otra madre, la tenía a ella.

—¿No hay rastro de Finz? —le preguntó.

Alice se encogió de hombros.

El desinterés por la reciente desaparición de la gata preocupaba a Mila. ¿Podía ser un síntoma de la alexitimia?

—¿Qué hay de cenar? —preguntó la niña, cambiando de tema.

—Estofado de verduras y después pastel de manzana. Alice la observó con curiosidad.

—Si me como el estofado, ¿podré llevarme el pastel al refugio?

Así era como llamaba al refugio de mantas que se ha-

bía construido en la parte de arriba de la escalera. Se pasaba allí mucho tiempo, leyendo a la luz de una linterna o escuchando música de un viejo iPod; últimamente estaba obsesionada con Elvis Presley.

–Ya veremos –dijo Mila, que nunca se comprometía cuando se trataba de conceder excepciones a las reglas de la casa.

–¿Tú crees que vendrá este fin de semana?

La pregunta la dejó descolocada. En el pasado se lo preguntaba esporádicamente, pero en el último mes ya era la tercera vez que preguntaba por «él». A saber por qué a Alice se le había metido en la cabeza que su padre iba a ir a verla. Mila le había explicado que eso no sucedería, que ese hombre llevaba años en coma y que no volvería a despertarse. Por lo menos no en esta vida. Tal vez solo en el infierno. Pero Alice se había creado la fantasía de que él iba a aparecer antes o después y pasarían tiempo juntos, como una verdadera familia.

–No ocurrirá –dijo Mila por enésima vez, viendo cómo se apagaba un pequeño destello en sus ojos.

Alice se arrebujo en la mantita y fue a sentarse en la vieja butaca junto al fuego del hogar. Nunca insistía.

Mila sabía cosas que habría preferido ignorar, cosas que nadie debería saber. Cosas innombrables sobre los seres humanos. Cosas sobre el daño que las personas hacen a sus semejantes. Y Alice no debería descubrir que en ese grupo de sádicos también se encontraba su padre; era demasiado pronto.

Tenía que protegerla.

Al no poder cerrar el portal de acceso a la dimensión oscura, había cortado los puentes con el pasado. Si bien

seguía guardando la pistola en el cajón, al lado de la cama, ya no tenía que dar caza a nadie.

Se había convencido de que si ella no seguía buscando en la oscuridad, entonces la oscuridad ya no iría a buscarla.

Sin embargo, justo mientras formulaba esos pensamientos, su mirada captó un ligero cambio en el paisaje que se contemplaba por la ventana. El sol casi se había puesto, pero Mila lo vio reflejarse débilmente en el parabrisas del coche oscuro que recorría el borde del lago.

Advirtió un cosquilleo familiar en la base del cuello. Así como el presagio de que esa visita inesperada le traía como regalo algo desagradable.

El coche con los cristales tintados se detuvo en la explanada de delante de la casa, al lado de su Hyundai. Se quedó allí, con el motor encendido.

Mila asistía a la escena a través de la puerta acristalada y durante unos segundos no sucedió nada. A continuación, se abrió la portezuela posterior y vio bajar a Joanna Shutton.

La mujer le hizo un gesto al conductor que la había acompañado para que permaneciera en el automóvil. Se arregló el largo cabello rubio que le caía suavemente sobre los hombros del abrigo de color camel. Seguidamente se encaminó tambaleándose hacia la entrada porque los tacones de aguja se clavaban en el suelo húmedo del prado.

Si Su Señoría se había molestado en ir hasta allí per-

sonalmente, entonces el asunto debía de ser realmente gordo, pensó Mila Vasquez.

Llevaba una carpeta consigo.

Una nube de perfume empujada por el viento la precedió cuando Mila abrió la puerta. Por un instante, se sintió incómoda al recibirla en chándal y unos calcetines gruesos.

Shutton le dedicó una mirada de reprobación y una sonrisa forzada.

–No quería ser inoportuna –se justificó sin convicción–. Te habría avisado de mi llegada, pero no hemos podido encontrar tu nuevo número.

–No tenemos teléfono.

Su Señoría la miró como si acabara de blasfemar, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Mientras, Mila no se movía de la puerta. Quería dejar claro desde el principio que existía una línea entre la vida de antes y la de ahora, y que difícilmente nada conseguiría pasar más allá de esa línea.

Shutton sostuvo su mirada endurecida durante unos instantes. La jefa del departamento de la Policía Federal era una mujer decidida que no se dejaba tratar con suficiencia. Pero también era lo bastante inteligente para saber cuándo le convenía llegar a un acuerdo. En el fondo, la llamaban «Su Señoría» también por eso.

–He hecho un largo viaje, Vasquez. Así que, antes de que me echés, te pediría que al menos me ofrecieras una taza de té.

Mila se la quedó mirando. Decidió que escucharía lo que Shutton había venido a decirle, pero se prometió solemnemente que no se dejaría enredar y, cuando

se terminara el té, haría que se fuera por donde había venido.

Poco después, apagó el gas que estaba encendido bajo el estofado de verduras y, debiendo posponer la cena, cubrió la cacerola con una tapa. Seguidamente sacó el pastel de manzana del horno y lo puso a enfriar en el alféizar. Luego envió a Alice a la planta de arriba.

—¿Por qué no me puedo quedar? —protestó ella. Nunca recibían visitas y la presencia de una extraña era una novedad bastante atractiva.

—Porque quiero que te prepares un baño caliente —le ordenó su madre—. Mañana tienes que ir al colegio.

—¿Antes puedo escuchar un rato a Elvis en el refugio?

—De acuerdo —consintió, porque sobre todo quería asegurarse de que Alice no oyera lo que Shutton había venido a decirle.

Cuando hubo terminado con esas pequeñas tareas, Mila volvió con Su Señoría llevando una taza de té humeante. Se la tendió, ella bebió un pequeño sorbo y la depositó inmediatamente en la mesa de enfrente del sofá en el que estaba sentada. Había dejado la misteriosa carpeta que había traído consigo, todavía cerrada, junto a ella.

—Esto es muy bonito —dijo mirando a su alrededor.

El fuego crepitaba en la chimenea y dotaba al ambiente rústico de un color ambarino, acogedor.

—A mi padre le encantaba ir de pesca, tenía una cabaña en el lago y, de pequeñas, nos obligaba a mi hermana y a mí a pasar interminables fines de semana en el bosque.

Mila no lograba imaginarse a Shutton llevando pantalones y botas de montaña. Tal vez su feminidad fuera

tan explosiva porque había tenido un padre que hubiera deseado tener un varón.

–No vamos a pescar, mi hija y yo somos vegetarianas.

Su Señoría encajó la respuesta sin replicar. Mila la observaba en silencio, preguntándose cuándo acabaría de perder el tiempo para pedirle el favor por el que había ido hasta allí.

–Me sorprendió mucho tu decisión de abandonarlo todo, ¿sabes? –prosiguió Su Señoría–. Creía que los polis como tú nunca lograban apartarse del camino.

–¿Me habéis echado de menos en el departamento? –la provocó Mila, que ahora ya podía permitirse ser descarada.

–A muchos les disgustó que tuvieras que irte.

–A usted no.

–Así es –reconoció Shutton sin problema.

Todavía no hacía ninguna referencia a la carpeta, advirtió Mila. Si seguía con los rodeos era porque no podía permitirse marcharse de allí con un no. Sentía curiosidad por descubrir el plan de su invitada.

–No veo ningún televisor –dijo Su Señoría, señalando los muebles.

Mila se lo confirmó sacudiendo la cabeza.

–¿Y tampoco conexión a internet? –preguntó también, asombrada.

–Tenemos libros. Y una radio.

–Así pues, habrás escuchado las noticias de los dos últimos días.

Antes de que Mila dijera nada, Shutton se le adelantó con un nombre.

–Anderson... ¿Te dice algo?

–Tenéis al hombre tatuado, pensaba que se había terminado.

Su Señoría sonrió levemente y cruzó las piernas hacia el otro lado.

–Hay suficiente sangre en la escena del crimen y en el coche del sospechoso para poder suponer claramente que se produjo una masacre –dijo, mostrando seguridad–. El hecho de que el sujeto estuviera en posesión del arma homicida ha agilizado mucho la tarea del fiscal: no ha dudado en formular la acusación de múltiple homicidio.

–En ese caso, creo que ningún abogado podría sacar a vuestro hombre del lío en el que se ha metido –afirmó Mila, para liquidar la cuestión–. Así pues, ¿de qué os preocupáis?

–No es tan sencillo –afirmó Shutton–. En el lugar donde lo capturamos había un colchón y algo de ropa, un hornillo de *camping* y comida en lata. Vivía como un vagabundo en medio de carcasas de viejos ordenadores. Por eso, y a causa de los números, los medios de comunicación han empezado a llamarlo «Enigma».

–¿De dónde los sacó?

La pregunta de Mila dejó a Shutton descolocada.

–¿El qué?

–Los ordenadores.

–¿Qué importa eso? Los habrá recogido por ahí, en los contenedores o en las oficinas abandonadas de la zona del viejo matadero: ese lugar parece una especie de vertedero de aparatos eléctricos. –Shutton tomó otro sorbo de té, pero solo para calmar los nervios–. Los medios quieren fabricar una historia alrededor del caso,

pero yo no permitiré que un loco cualquiera, de esos que van por ahí con un sombrero de papel de plata para que los extraterrestres no puedan leerle el pensamiento, se convierta en una celebridad.

Mila percibió de inmediato que Shutton no estaba abordando el verdadero problema. Había otra cosa que preocupaba realmente a la jefa de la Policía.

–Todavía no sabéis quién es, ¿verdad?

Su Señoría asintió.

–No hay coincidencias en las bases de datos, tampoco en el archivo de huellas ni en el de ADN. Pero el verdadero misterio es otro: después de que se hiciera pública la noticia de los tatuajes, no ha salido nadie para identificarlo. Es más, nadie lo ha visto antes; ¿puedes creértelo? –Shutton empezó a acalorarse–. ¿Cómo puede alguien cubierto de números de la cabeza a los pies, incluso las plantas y las palmas de las manos, pasar completamente desapercibido? –Entonces se puso a enumerar–: Nadie se ha fijado en él ni lo ha fotografiado, ni siquiera por equivocación. Las cámaras de seguridad que ahora ya están situadas en cualquier esquina de la ciudad nunca lo han grabado. No hay rastro de él fuera del almacén en el que lo capturamos después de la llamada anónima. ¿De dónde ha salido? ¿Por qué se escondía allí? ¿De dónde cogía las cosas que necesitaba? ¿Cómo demonios se procuraba la comida? ¿Y cómo ha podido ser invisible durante todo este tiempo?

–Y, naturalmente, no habla –concluyó Mila.

–Desde que lo encontramos, ni una palabra.

–Por lo tanto existe el riesgo de que los cuerpos de los Anderson nunca lleguen a encontrarse...

Shutton permaneció callada durante unos segundos. El silencio sirvió para subrayar que Mila había dado en el clavo.

–Los números son la única pista que tenemos –admitió Su Señoría.

Finalmente cogió la carpeta, la abrió y empezó a esparcir sobre la mesa frente a Mila las fotos que se habían sacado al cuerpo del hombre, cada vez más detalladas.

–Sabemos que se tatuó él mismo. Por el estado de la tinta utilizada, también sabemos que lo hizo gradualmente a lo largo del tiempo... En este momento estamos intentando saber si en esas secuencias se esconde algún significado o solo se trata del fruto de una absurda obsesión.

Mila intuyó que, por mucho que quisiera hacerlo pasar por loco, Shutton tenía miedo de lo que ese hombre podía ser realmente.

–¿Alguien está intentando trazar un perfil psicológico? –La expolicía se sorprendió al escuchar el sonido de su propia voz mientras formulaba la pregunta. Se había jurado a sí misma que no se implicaría, sin embargo, el instinto de cazadora de otros tiempos se había impuesto.

Shutton recibió esa pequeña concesión como un punto a su favor y se apresuró a responder:

–La cantidad de pistas que ha dejado tras de sí haría pensar en un sujeto desorganizado que ha actuado impulsivamente... Pero es muy frío, impassible, «controlado». Y es tan dócil y tranquilo que te hace suponer que lo tenía todo previsto desde el principio y que, mientras nosotros nos agobiamos intentando saberlo todo de él, él se ríe de nosotros.

Mila empezó a estudiar las fotografías de encima de la mesa, pero sin cogerlas. Los números, de una o dos cifras como mucho, cubrían casi cada milímetro de la piel del hombre. Tenían distintos tamaños. Algunos eran más pequeños, otros más grandes o más marcados.

Había un método en esa operación repetida al cabo de los años, una meticulosidad que la inquietaba profundamente. «No es simplemente un psicópata», se dijo. Y por un instante un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Por qué ha venido a verme? —preguntó, apartando la mirada de las fotos esparcidas, como si quisiera librarse de ellas—. No sé cómo os puedo ser útil.

—Escucha, Vasquez...

—No, no voy a escuchar —rebató Mila bruscamente, interrumpiendo de raíz cualquier tentativa—. Ya veo lo que tiene en mente: necesita a alguien que la ayude a encontrar los cuerpos de los Anderson. Tal vez una investigadora de personas desaparecidas que lleva tiempo retirada y no puede perjudicar demasiado la reputación de la Policía en caso de que fracase. —En el fondo, la policía que había sobrevivido milagrosamente a la última investigación de su carrera era perfecta para desviar la atención de los medios de comunicación. Mila sentía náuseas—. Por si todavía no lo ha entendido, señora Shutton, no voy a ayudarla. He terminado para siempre con toda esta mierda.

—No estoy aquí para pedirte que encuentres a los Anderson —precisó Su Señoría con toda la calma.

Mila se quedó atónita.

—Vasquez, he venido aquí porque probablemente tú seas la única persona que puede revelarnos quién es Enigma.

Mila no sabía qué decir. Mientras tanto, Shutton se puso a buscar entre las fotos.

—En medio de los números tatuados hemos encontrado una palabra. En el brazo izquierdo, mezclado entre las secuencias y bien oculto en el pliegue del codo, había esto escrito...

En cuando encontró la foto que buscaba, Su Señoría se la tendió. Tras un breve titubeo, Mila la cogió y se quedó anonadada.

Cuatro letras. Un nombre. El suyo.